



Entrada Libre

Acerca de Carlyle

Xavier Icaza

Este ensayo apareció en un folleto titulado *Acerca de Carlyle*, impreso en 1921 en la ciudad de Jalapa, Veracruz, en la tipografía El Fénix, sita en la segunda calle de Juárez número 7. La portadilla del mismo folleto sugiere una historia ligeramente distinta, pues ahí se infiere que este ensayo formaba parte de una serie que Icaza tituló *Los fanáticos*. Por la nota y la transcripción Antonio Saborit.

*Para mi padre, que ha sabido
ser mi mejor camarada.*

Por las calles de Chelsea, caminaba siempre solo, siempre pensativo, Thomas Carlyle. En sus paseos, se avivaban sus ideas, y el apartamiento lo afirmaba más y más en sus creencias y lo alejaba más y más del vulgo y de los *snoobs* universitarios. Fanático entre los fanáticos, tuvo que luchar intensamente para ser tolerado siquiera, ya que en su patria triunfan casi siempre lo mediocre y lo convencional, y nada más contrario a las convenciones, a las hipocresías y las modas que el espíritu robusto y apasionado de Carlyle. Fue un original; Rubén Darío hubiera dicho un raro. Por su singularidad se hizo notable entre los suyos. Cuando se comentaban sus actos, los cachazudos burgueses decían alzando los hombros, “cosas de Carlyle”. Ningún elogio más alto le podían haber rendido tales individuos, apegados a los formulismos, incapaces de romper la más insignificante regla. Cuando ellos alcanzan a ver que alguno tiene *cosas*, es que al que tachan de extravagante tiene personalidad propia, rareza, valor; que en él hay rebeldía contra el medio convencional y tibio, monótono y opaco. Es el mejor elogio que pueden otorgarle.

Carlyle era un artífice de la prosa. En raras ocasiones, la fuerza de la idea, el pensamiento apasionado hasta la furia lo hacían caer en exageraciones de mal gusto.

Carlyle fue un fanático y un raro, es decir, un fuerte, un vigoroso pensador, un infatigable artista de la pluma, un creyente en su obra. Lo único que le importaba era cumplir la tarea que se había impuesto. Su fanatismo le hacía sacar fuerzas insospechadas de su flaqueza. Era un enfermo, pero sabía cómo vencer su pertinaz dolencia.

En medio de las crisis más agudas, pudo labrar las páginas más bellas de su libro sobre la Revolución francesa. Su fanatismo prestaba entereza incomparable a todos sus libros y le hacía escribir tan sólo lo que necesitaba decir. No formó una página inútil. No dijo nada opuesto a su fe. Algunos juzgarán equivocada la filosofía de Carlyle, otros peligrosa, poco práctica los más; pero ninguno puede calificarla de insincera o tachar al filósofo de falso. Era simplemente un fanático y casi todas las grandes obras son de apasionados.

Carlyle era un artífice de la prosa. En raras ocasiones, la fuerza de la idea, el pensamiento apasionado hasta la furia lo hacían caer en exageraciones de mal gusto. En el *Sartor Resartus*, por ejemplo, abundan las figuras grotescas que, sin embargo, son muy pronto olvidadas bajo el encanto del ritmo grandioso y la frescura musical de esa prosa que enseñó a Ruskin los secretos del estilo, aunque sin hacerlo partícipe de su vigor. Symonds, en brillante paradoja, dice que las frases de Ruskin son los platillos de la orquesta de Carlyle.

Lo único que preocupaba al filósofo inglés era cumplir con su misión, ya que su misticismo le hacía creer en ella con la seguridad de que solamente gozan los apóstoles y profetas. Absorbido en su tarea, no le restaba tiempo para nada más. A su mujer la utilizaba con un egoísmo que a los respetables ingleses pareció abominable, al grado de olvidar los méritos del escritor junto a las faltas del esposo. Su mujer era, para él, amanuense devota, compañera fidelísima, administradora de su corto caudal y de su hogar humilde, mas nunca fue para Carlyle sino una hermana. El profetismo de Carlyle hizo de él un gran casto. La labor literaria, verdadero sacerdocio para Carlyle, hizo que no atendiera sino a ella, y subordinaba su esposa a su tarea. No podía apasionarse su corazón sino por una cosa, ya que era de fanático, y la literatura era la real amante de Carlyle, y es bien sabido que los hombres prefieren siempre a sus amantes. Por eso Stevenson, humano y previsor, no aconseja a las doncellas que lleven al altar a literatos. Además, era Carlyle un genio y ninguna senda más espinosa que la que tienen que seguir las mujeres de los semidioses. Si ellos sufren, ellas padecen más; si es difícil la misión de los genios, mayor la de sus esposas. Aunque sea incómodo ser genio, resulta más molesto ser esposa de genio. Pocas mujeres han tenido que so-

portar más sinsabores que las de Tolstoi y Carlyle. Pagaron muy caro el honor de ostentar tales nombres.

Sin embargo, se ha exagerado mucho el mal trato que daba Carlyle a su mujer. Lo conocemos por el diario de ella y sobre todo por un libro de Carlyle, *Reminiscences*, escrito en una crisis de arrepentimiento provocada por la muerte de su esposa. Ese libro, por lo tanto, es el de un doliente pecador que, al confesarse, exagera su falta con la esperanza de alcanzar el perdón y la gracia, de ser bañado en las aguas transparentes y claras del Jordán.

Carlyle andaba siempre solo por las calles de Chelsea, con los ojos bajos, sin apartarlos nunca de la tierra. Todos los vecinos lo veían a la misma hora, recorriendo las mismas calles, como acostumbraba el metódico Kant, pero no se atrevían a aproximarse a él. Al mirarlo, se conformaban con guiñar los ojos, con mezcla de respeto y de lástima, “cosas de Carlyle”. Por fin, cierta ocasión, unos trabajadores se pusieron de acuerdo para hablarle; se acercaron a él y le dijeron: —Hermoso día, Mr Carlyle —y el filósofo, sin detenerse, con los ojos siempre fijos en la tierra, les respondió: —Díganme alguna cosa que no sepa —y nadie volvió a acercársele más en sus paseos vespertinos y solitarios.

Carlyle se proponía adoptar la carrera eclesiástica, pero ya avanzado en ella, casi para terminar los estudios teológicos, le pareció demasiado estrecho el criterio de la iglesia y abandonó los hábitos y se entregó a las bellas letras, por las que había sentido especial devoción: fabulosos parecen los relatos sobre las lecturas juveniles de Carlyle.

La amistad del filósofo con Edward Irving en Kirckaldy lo afirmó en la idea de abrazar el humanismo como profesión. En esa misma época, estudió a fondo el alemán, lo que le mostró un mundo desconocido y nuevo. Si para él fue una revelación, a Inglaterra, Carlyle le descubrió Alemania. Inglaterra, tan refractaria a la filosofía, al conocimiento ordenado y sintético, conoció el pensamiento alemán a través de Carlyle, conocimiento que renovó la literatura de Inglaterra. Si ya la influencia de Francia era decisiva en las islas británicas, desde entonces la alemana disputa en ellas la supremacía a la dulce Francia. A partir de Carlyle vemos cómo luchan las dos influencias, la francesa y la alemana, y cómo esa doble corriente ha hecho florecer al mismo Carlyle por un lado y a Matthew Arnold y a Pater por el otro; a Henry James, Lord Dunsanny, Joseph Conrad de cultura eminentemente francesa, y a Bernard Shaw y los últimos filósofos discípulos de Schopenhauer, hijos legítimos de la cultura alemana.

Carlyle nació de nuevo cuando descubrió a Alemania. Entusiasmado y agradecido fanáticamente escribió la vida de Schiller y tradujo el *Wilhelm Meister*. Sus relaciones con Goethe lo



llevaron a escribir sus mejores cartas y a solucionar su crisis religiosa, pues comprendió las hondas enseñanzas de la vida y las obras del poeta germano. En 1826, publicó los *Specimens of German Romance*, y más tarde, habiendo estudiado a fondo las diversas corrientes del pensamiento alemán, sustentó en Londres una serie de conferencias sobre tal asunto.

Jamás dejó de hablar sobre Alemania a sus discípulos y amigos. Su obra monumental, considerada por la mayoría de los críticos como su obra maestra, la *Historia de Federico el Grande*, coronó estas enseñanzas, esta labor titánica y constante.

Carlyle, después de su colaboración en la enciclopedia de Brewster, en la que inició su labor literaria, y de sus trabajos en la *London Magazine*, que publicó en vida de Schiller, y en la *Edinburgh Review*, dirigida por Jeffrey, que admitía en él algún talento, logró editar el *Sartor Resartus* (*The Tailor Done Over*, título de una vieja canción de Escocia) que había visto la luz en la *Fraser's Magazine*, de 1833 a 1834.

El *Sartor Resartus*, donde, como en ninguna de las producciones de Carlyle, se entreteteje, de manera inesperada, lo sublime y lo grotesco, despertó la curiosidad y la crítica. Carlyle, al fin sacudía al público. Otro libro nuevo sería un éxito definitivo o un ruidoso fracaso. Carlyle lo sintió así y a trabajar se dedicó entusiasta, con mayor fe y seguridad que antes.

En 1837, apareció *The French Revolution*, hermoso estudio filosófico que evoca a [la] maravilla toda una época y que crea personajes de una fuerza extraordinaria, en medio de la cadencia majestuosa, aterciopelada y brillante de espléndida y riquísima prosa. El entusiasmo juvenil campea en este libro, a veces demasiado sonoro, y si la historia del emperador Federico es más armoniosa, más igual, mejor hecha, esta creación es más intensa, más gallarda. Este libro, como ninguno, contribuyó a la formación del estilo de Ruskin, que tanto habría de influir en el de Walter Pater y más tarde en el de Wilde —¡Curiosa escala!—. Del fantástico y duro traductor del *Wilhelm Meister* al elegante poeta de *Salomé*, al crítico atildado y sutil de *Intentions*, al cuentista risueño y travieso, amañado quizás, al restaurador de la comedia de paradojas y de frases. *The French Revolution* estableció definitivamente la fama de Carlyle. Si la gente no lo entendía, sí lo respetaba, como si no gusta de Homero o de Esquilo, no se atreve a juzgar mal de ellos y con desconfiado temor afirma siempre que Esquilo y Homero son dos geniales escritores.

Después vino *The History of Literature, or The Sucessive Periods of European Culture* y *The Revolutions of Modern Europe*, donde manifiesta el peligro de la democracia mal entendida, que ya no es tal en realidad, sino plebeyismo bajo y mediocre.



Este libro no tuvo influencia práctica, según lo comprueba la situación actual del mundo.

Más tarde, el más conocido de sus libros, *Heroes, Hero-Worship and the Heroic in History*, si no el más acabado. ¡Qué raro el hombre que se hace famoso por su mejor libro, o que es conocido por él! Muy pocos han leído las dos obras maestras de Carlyle o su eruditísimo y admirable *Oliver Cromwell's Letters and Speeches*, y en cambio no hay velada en honor de algún melenudo poeta de provincia donde no se diga de ese poeta “era un héroe como los de Carlyle”; del mismo modo que se recuerda a Shakespeare por *Romeo and Juliet* y no por *King Lear* o *Hamlet* o *The Tempest*, y que Beethoven no se hizo famoso, durante su vida, hasta que dirigió una de sus marchas ante inmenso concurso, y que de la literatura yanqui no se conocen las poesías bellísimas de Poe sino por unos cuantos y en todas las escuelas se recuerda, con hipócrita unción, la despreciable vida de Benjamin Franklin, directo antecesor de Bryan. ¿Mas para qué seguir examinando toda la obra titánica del enorme Carlyle? Toda es grande, toda es bella, toda fuerte. Olvidemos los temblorosos balbuceos de *Reminiscences*, publicado por la amorosa indiscreción de Froude, el ejecutor testamentario de Carlyle; pero sin abandonar los otros manantiales sin fin de alentadoras enseñanzas.

En vida, como ya he dicho, vio Carlyle coronada su frente por el laurel glorioso. Muchas injusticias e incompreensión sufrió pero los escogidos lo escucharon. Si el vulgo literario sólo se asombraba ante su fuerza, si el público lo veía como a algo raro, los prerrafaelistas, refinados e inteligentes, si los hay, lo entendieron bien y no pudieron menos que inclinarse respetuosos ante el viejo profeta, lo que debió alentarle a seguir en la brecha indiferente a las moscas de que habla Nietzsche.

Whistler logró hacer un retrato de Carlyle merced a los buenos oficios de una dama italiana, pues al bronco escritor no le agradaba exhibirse y era impaciente en demasía. Cuando Whistler empezó a trabajar en el retrato, Carlyle suspiró con alivio al ver que se empleaba un grueso pincel. Por desgracia, el minucioso Whistler hubo de emplear más adelante pinceles muy sutiles, y entonces el filósofo se impacientó y sus protestas fueron poco piadosas, costando a los presentes gran trabajo apaciguarlo. Consiguieron al fin que permitiera terminar la copia de su rostro. El cuerpo fue trazado después, utilizándose un modelo.

Nada nos ayuda a entender a un artista como conocer su vida y la impresión que producía en sus coetáneos inteligentes y comprensivos. Los prerrafaelistas dejaron cartas y algunas impresiones sobre el filósofo de Chelsea. William Holman Hunt, el devotísimo historiador de la hermandad prerrafaelista, escribió,

Nada nos ayuda a entender a un artista como conocer su vida y la impresión que producía en sus coetáneos inteligentes y comprensivos.

He leído todos los libros de Carlyle, pero cuando no los podía comprar me los prestaban y con todo el respeto de que es capaz mi naturaleza he visto a nuestro profeta arrastrándose por las calles vecinas, bajo el peso de su triste genio —me pareció que no llevaba nunca con él a la alegría—.

en su libro monumental sobre ella, estas hermosas páginas, de las que se destaca clara y viva la inquieta figura del filósofo:

Cuando yo vivía en Chelsea —dice— habitaba una casa vecina a la de Carlyle, quien se había granjeado ya, gracias a su genio purísimo, tal respeto y admiración que se consideraba como verdadera herejía el limitar de cualquier modo la adoración que se le prestaba. Aunque Thomas Carlyle carecía del brillo indispensable a los profetas que regeneran y alientan a los fracasados hijos de los hombres, la lectura de cualquiera de los capítulos de él no puede menos que convencer a cualquier hombre que piensa del gran valor del tumultuoso genio del filósofo. No puedo explicarme, por lo tanto, la variación que ha habido en el sentimiento hacia él después de su muerte, ni como puede mantenerse tal antipatía estando como están sus libros al alcance de todos. Esta antipatía ha nacido quizás de que la inteligente Mrs Carlyle, a falta de confidentes vivos, confió a su diario sus sufrimientos, ajena a que habría de hacerse público. ¡Qué cambio en la reputación de Carlyle, si se compara con la de los días en que los jóvenes autores como James Hannay dejaban mi compañía por un cuarto de hora para solamente contemplar al viejo sabio a través de la intimidad de su balcón!

He leído todos los libros de Carlyle, pero cuando no los podía comprar me los prestaban y con todo el respeto de que es capaz mi naturaleza he visto a nuestro profeta arrastrándose por las calles vecinas, bajo el peso de su triste genio —me pareció que no llevaba nunca con él a la alegría—. Extravagante, como en realidad era su aspecto en su lento vagar, debe advertirse que nunca dejaban los transeúntes, ni siquiera el más grosero mozo, ni el colegial más impúdico, de callar respetuosos a su paso. Se apagaban los gritos inútiles, el ocioso ajeteo ante la apariencia grotesca y la interna majestad de Carlyle. Es digno de notarse también que ninguno de los graciosos incidentes callejeros, ni de los juegos de los chicos o los retazos de los jóvenes hacía detenerse a Carlyle, ni volver la cabeza —sus ojos siempre bajos se veían a sí mismos. A pesar de este hábito de concentración mental, estaba presto a tornar a la realidad. Un día, mientras paseaba por una angosta acera, acertó a pasar una dama envuelta en ancha crinolina y mil cintas; Carlyle se enredó en una de ellas y cayó, pero sin perder la presencia de ánimo desenredó sus pies y se levantó, hizo una amplia cortesía a la señora y siguió su paseo, sin descomponerse, con elegante gravedad, sin manifestar a la dama ningún enfado ni el más leve asomo de burla.

Con anterioridad a esto, un visitante de Carlyle, al abandonar la casa de éste para verme, informó de su propósito a Mrs. Carlyle, y la señora se informó interesada sobre mi persona y

trabajo, curiosidad en la que fue partícipe también su esposo. Esto me indujo, cuando hube acabado algunas pinturas, a pedir a este mutuo amigo que averiguara si el profeta y su esposa se dignarían honrarme con una visita. Aunque yo no lo exaltaba tanto como sus incondicionales adoradores, sí reconocía en él a uno de los verdaderos gigantes de Inglaterra. Obsequiando mis deseos, acudieron Carlyle y su señora.

En su primera visita, me pareció más alto y joven que cuando lo veía por la calle, y su rostro, a pesar de una sombra de apergaminada tristeza, era uno de los más nobles que he encontrado. Sus ojos azules de grandes órbitas, muy hundidos, tenían los párpados superiores caídos sobre el iris y los inferiores dejaban al sol a veces toda la parte baja de la córnea. Las cejas eran prominentes, el cráneo grande y elevado, hirsuto el cabello. La nariz y la barba de armonioso tamaño, y, en general, el aspecto del maestro tenía una dignidad inconfundible y propia. Un síntoma de debilidad era la flacura del cuello, y la falta de robusto desarrollo se acentuaba por ligero encorvamiento. Su voz se atiplaba cuando quería animar el melancólico tono de su plática. Seguir su charla era escuchar la lectura de sus libros. No sostenía nunca un diálogo, pero la ternura del hombre se delataba con la naturalidad de sus ademanes y la exactitud oportuna de sus primeras palabras. Como todos los grandes hombres que he conocido, no toleraba ninguna afectación. Él presumía, no sin motivo, que la gente —los jóvenes en particular— deseaban que él hablara, no que escuchara a otros, y tal seguridad era la norma de su conversación.

Sus comentarios entusiásticos a mi Pastor mercenario y mi Oveja descarriada sobrepasaron a mis atrevidas esperanzas. Una carta de Mrs. Carlyle me probó que no fueron pasajeros ni superficiales sus elogios:

Querido señor Hunt:

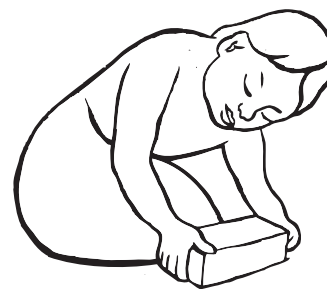
¿Me hará usted el servicio de permitir a Mr. Watson que vea su pintura?

Como he despertado su curiosidad muy vivamente, me considero obligada a conseguir que la conozca.

Mr. Carlyle dice —Es verdaderamente un gran cuadro. ¡El más grande que ha pintado un moderno! —y como es sabido que Mr. Carlyle sólo alaba de manera negativa (“No es un mal cuadro”, “Un pintor que no deja de tener cierto mérito”, etc., etc.) El presente entusiasmo de positiva alabanza es inusitado y es además tan ardiente que le hace decir que la pintura de usted no será igualada “por ninguno de nuestros contemporáneos”.

Sinceramente,

Janex W. Carlyle



Semejante éxito me animó a repetirles mi invitación a visitar mi estudio.

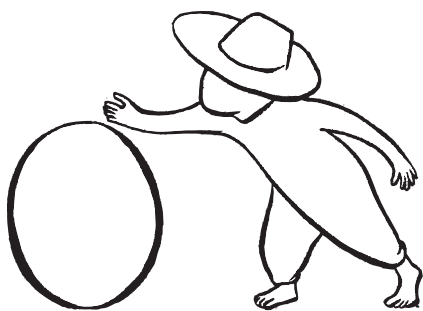
Mrs. Carlyle, charlando con amigos míos, había afirmado a menudo que ella había sido una belleza y que sus familiares mucho se opusieron a su unión con Carlyle. También a mí me dijo alguna vez lo mismo. Parecíame absurdo que la mujer que merced a su matrimonio se había convertido en una de las celebridades de su tiempo —en vez de vegetar al lado de alguna respetable mediocridad— pudiera pensar en lo que por él había renunciado. A pesar de esto, pude observar que estaba orgullosa hasta la vanidad de su esposo. Mientras él hablaba, ella se colocaba a sus espaldas, y cuando Carlyle decía algo digno de especial atención, ella, con toda naturalidad me sonreía, aprobando con un signo, y cuando la primera vez creí que yo debía hablar, ella se llevó el dedo a los labios y sacudió la cabeza para imponerme silencio. Algunas veces se quejaba de las molestias que le causaba su esposo, molestias que anotaba en su diario, como por ejemplo la inmoderada exigencia de su marido cuando en un viaje le pidió por correo que le remitiera inmediatamente botones para el traje, y su furia por no haberlos recibido luego, a pesar de que sabía que la carta había llegado a Mrs. Carlyle ya cerradas las tiendas. Sin embargo, yo creo que era una de las mujeres más envanecidas con su suerte.

La segunda visita de Carlyle a mi estudio me reveló mejor la naturaleza íntima del hombre, al examinar los cuadros que le mostré, La conciencia despierta y La luz del mundo, recién acabadas. Habló con aprobación de la primera, aunque sin comprenderla artísticamente, pues al reparar en el reflejo luminoso del follaje de la mesa me dijo:

—La luz de la luna está bien dada.

Al ver la otra así habló sin detenerse:

—Usted llama a eso, según creo, una imagen de Jesucristo. Su personalidad de usted no ganará nada con semejante pintura, como no sea dinero, ni a ninguno en la tierra aprovechará que se haya dado vida a una concepción meramente papista, y sólo juzgarán todos al verla que es un error haberla hecho, o una imperdonable incomprensión. Es presentar muy pobremente al más noble, al más humano, al de mentalidad más heroica que ha caminado por la tierra de Dios. ¿Puede usted suponer que Jesús saldría aderezado con ricos ropajes pontificios y con una corona y con deslumbrantes joyas en el pecho y con llamativa y orgullosa aureola en la cabeza? Ni coronas, ni ropas imperiales otorga nunca el mundo a los hombres como él. ¡Bueno! y si lo que usted quiere es representar al Cristo espiritual, ha escogido la peor forma, pues ha elegido aquella con que Jesús ha sido disfrazado desde el comienzo de la iglesia por los hombres de mundo que hacen de las mezquinas ambi-



ciones de ellos las de él, repitiendo así la abominable traición de Judas. Usted debe meditar hondamente en la antigua alma heroica de Jesús; si usted la ha comprendido y ha entendido su carácter, no debe hacer que la gente retroceda y adore el disfraz con que los levitas han vestido a Jesucristo, para conservar las estúpidas almas de los hombres en las redes de la esclavitud y las tinieblas. ¿No se da usted cuenta de que contribuye a que la gente crea lo que usted sabe que es mentira, lo que usted no cree, lo que a usted le repugna? La primera pintura, con el loco atolondrado y vil y su lastimosa y desgraciada víctima, es muy real, pero ésta, ésta no, esta representa una engañifa, una farsa, en ocuparse de la cual no debe nadie perder el tiempo.

Hasta aquí las páginas de Hunt.

En vano intentó éste defender la pintura, inútilmente quiso convencer al filósofo de que creía en lo que había pintado, y menos aún de que Carlyle también creía en la idea así representada. Carlyle al escuchar tal cosa, alzó la voz furioso, y el prudente dedo de la esposa del filósofo indicó a William Holman Hunt que debería callar.

La magnífica imprecación salida del alma de Carlyle, en arranque irresistible de protesta, nos enseña su carácter rebelde y leal. Él amaba a Cristo, pero al Cristo verdadero, al que paseaba por las campiñas lozanas y sonrientes de Galilea, al que entendía las flaquezas de la mujer adúltera, de Magdalena, de los samaritanos, al que abominaba de las formalidades rituales y de los fariseos, no al torvo, dogmático, triste y convencional de las iglesias. Carlyle era un fanático y un artista y no podía transigir con farsas de mal gusto.

El Cristo de Carlyle es el de todos los artistas, el que soñó Verlaine cuando increpaba al Papa y le decía más o menos así:

—Abandona tus palacios magníficos, deja solos a tus obispos resplandecientes, no hagas caso de los esplendores oropelescos y dispendiosos de la liturgia, vuelve otra vez a pedir limosna por las calles, a besar las heridas pestilentes de los leprosos, a andar con los humildes por las praderas húmedas, y el mundo en masa volverá al Hijo de María.

BIBLIOGRAFÍA

La mejor edición de las obras completas: *Works of Carlyle*, publicada en 1896 a 1899 en treinta volúmenes, en Londres y Nueva York, con motivo del centenario del filósofo.

Deben consultarse en particular: *The Correspondence of Thomas Carlyle with Ralph Waldo Emerson* (Boston, 1883); *Early Letters of Thomas Carlyle* (Nueva York, 1886); *Letters of*

El Cristo de Carlyle es el de todos los artistas, el que soñó Verlaine cuando increpaba al Papa y le decía más o menos así:
—Abandona tus palacios magníficos, deja solos a tus obispos resplandecientes, no hagas caso de los esplendores oropelescos y dispendiosos de la liturgia, vuelve otra vez a pedir limosna por las calles, a besar las heridas pestilentes de los leprosos, a andar con los humildes por las praderas húmedas, y el mundo en masa volverá al Hijo de María.

Thomas Carlyle (Nueva York, 1888); *Correspondence between Goethe and Carlyle* (Nueva York, 1887) todos los libros anteriores editados por el profesor C. E. Norton. *Carlyle's Letters to His Youngest Sister* (Copeland, Londres, 1889). Acerca de su vida y sus obras son de recomendarse:

Memoirs of the Life and Writings of Thomas Carlyle (De Shepherd y Williamson, Londres, 1881); *Thomas Carlyle. The Man and His Books* (Wylie, Londres, 1881); *Carlyle Personality and His Writings* (Masson, Londres, 1885); *Carlyle and the Open Secret of His Life* (Larkin, Londres, 1886); *Life* (Garnett, Londres, 1887); *Life* (Nichol, Nueva York, 1894); *Froude and Carlyle* (Wilson, Nueva York, 1898); *Life of Jane Welsh Carlyle* (Mrs. Ireland, Londres, 1891); *The Bibliography of Thomas Carlyle* (Shepherd, Londres, 1882).

Para conocer el medio en que vivió Carlyle, ningún libro mejor que:

Pre-Raphaelitism and the Pre-Raphaelite Brotherhood (William Holman Hunt, O. M. D. C. L., 2ª edición, Nueva York, 1914).

Viaje a México

Paul Morand

El autor de *Venecias* recorre la Ciudad de México guiado por el escritor y diplomático Genaro Estrada. Aquí reproducimos un fragmento del libro en el que Morand recrea su paso por nuestro país que fue publicado en "Laberinto" del periódico *Milenio*, el 10 de mayo de 2008.

A través de México

Son las nueve de la mañana. Bajo un cielo perfectamente restirado, paseo por las calles henchidas hasta hacer retroceder las casas. A causa del oxígeno de la altura que aniquila la fatiga y reduce el sueño, me siento tan ligero como un globo.

Le matin c'est la grande fête.

Quien de este modo cita a nuestros autores y me acompaña es el Subsecretario de Relaciones Exteriores, Don Genaro Estrada. Como todos los actuales gobernantes de México, Estrada no tiene aún cuarenta años. Es un hombre voluminoso, fuerte, bueno, un fino político, un gran bibliófilo y, a pesar de

